IMPRESIONES DE VIAJE

Jujuy

En la provincia de la frontera, allá, en el lejano norte de la patria, donde la naturaleza, mediante Dios, ha puesto la soberana belleza de su grandiosidad, el panorama jujeño llega al alma del argentino en la forma más emocional que pueden las cosas llegar al alma.

Norte argentino, tierra de maravillas, caja de sorpresa, sobre-todo para el porteño que por primera vez llega allí.

Desde Jujuy, la ciudad capital, a La Quiaca, el viajero contempla sorprendido, acaso anonadado, el panorama que, en el correr del tren desfila en una fantasmagoría de luz, de color, de cielos celestes, de sus montañas, sus frondas, sus ríos, sus cardones, su pucará, sus caseríos, sus hijos, sus costumbres, sus reliquias. Es la quebrada de Huamahuaca y ella sola soberana del paisaje, en la extraña estructura de sus montañas y sus peculiaridades naturales, hacen de Jujuy tierra privilegiada.

La quebrada de Humahuaca, la histórica quebrada, yergue sus picos nimbados de luz extraordinaria en la diáfania de su atmósfera, recortándose siempre sobre el cielo celeste indescriptible, allá, a los dos mil, cuatro mil y cinco mil metros de altura donde están situados los pueblos de la quebrada y la Puna jujeña.

No es en un viaje de turismo directo de Buenos Aires a La Quiaca que el argentino pueda compenetrarse de lo que tiene allí en el norte; de la triple magnificencia: la de los panoramas, de lo típico, y lo autóctono; pero sí un solo viaje, y en rápida mirada al paisaje, y a la modalidad de la provincia bastará para que, el concepto acaso un tanto equivocado que tengamos de la provincia, se desvanezca. Porque así como sabemos a Jujuy lejana, la imaginamos pobre, triste, y... sucia.

De su panorama sabemos por la geografía que es bello; pero lo suponemos árido, donde solo encontraremos el cardón por toda fronda, y el cerro pelado por todo paisaje. Grande es la sorpresa, y
siéntese inflamarse el pecho de sublime emoción, cuando el turista aun en el tren, abandonando su camarote con el primer vislumbre matutino, contempla la inmensa y tupida fronda que envuelve a la capital de Jujuy como manto esmeraldisno, que oculta a los ojos del viajero la hermosa ciudad y con igual intensidad de sorpresa, se comprueba a poco que Jujuy es una provincia limpia; que da la sensación de disciplina y orden; no de tristeza ni de pobreza.

Desde los frondosos cerros de la capital, hasta el fuerte fronterizo de las tres arcadas de La Quiaca, es la quebrada de Humahuaca, una sucesión, en cada pueblo, en cada lugar, de hechos históricos, o de recuerdos, vivientes aun, del evangelizador.

Es por un lado la historia argentina que vibra allí en el lugar de los acontecimientos que fueron, y que sus hijos quebradeños conocen mejor que nosotros. Es la documentación, diríamos así, del testigo que ha ido transmitiendo de padre a hijo, el episodio que hace del lugar o recinto donde acaeciera, lugar y recinto histórico. Es un capítulo de historia argentina nuevo, que sorprendiendo aprende allí el turista.

En el plano evangelizador: las iglesias arcaicas, vetustas, las ca-
pilitas en los pueblos de la quebrada, o perdidas allí en las montañas más altas, o en las llanuras y hondonadas del altiplano, de aquella meseta grande y solitaria que es la Puna jujeña.

Son las cruces a la vera del camino; aquellas cruces que, entre curva y curva, se enfrentan de pronto al viajero, grandes, solas, con sus brazos extendidos como queriendo allegarse al que pasa en gesto de protección, con la leyenda que el viajero lee, y que dice: “¡Salva tu alma!” Esa leyenda sublime llega muy hondo, al viajero que se siente allí tan lejos de Buenos Aires, pero en ese instante muy cerca de Dios.

*Paisajes de Jujuy. Desde la capital a la frontera por la quebrada de Huamahuaca*

En mis viajes de estudio en el norte argentino he podido clasificar, como pintora, al paisaje jujeño en cinco tipos, que constituyen el norte panorámico.

Detallando el paisaje en la sucesión de éstos, tal como el viajero en el tren va admirando desde Jujuy a la frontera por la quebrada, son los siguientes: *el verde*, donde la fronda llega a la cima de los cerros; *el ameno* donde la sensación de frescura y sombra nos la dan la espesura del sauceal y la acequia de agua cristalina y cantora; *el típico* en el que el rancho, el hornito, la pirca y las penca mes hablan de la vivienda del autóctono morador; *el auster* en el que se levanta la montaña zo'a, grandiosa, anonadando al espectador, soberana y terrible en su magnificencia; *el de la Puna y la frontera*, en el que la solemne inmensidad de su vasta llanura ondulada permite al ojo el deleite de las largas perspectivas y sus crepúsculos fantásticos.

*El panorama verde en las inmediaciones de la capital*

El panorama verde es asombro del turista. Imposible describir este tipo de paisaje sin antes recordar que el concepto erróneo que nos preparaba para encontrarnos frente a cierta aridez, hace que la sorpresa nos convenga fuertemente.

Intentaré describirlo, ubicando siempre en el tren, al viajero que arriba por primera vez desde Buenos Aires a La Quiaca. Viaje de cuarenta y ocho horas durante el cual el turista ha de vivir momentos de intensa emoción frente a la grandiosidad de nuestro norte.

Como argentina y pintora yo las he vivido de emoción en emoción.
Llega el turista a Jujuy a los primeros albores del día; ha poco que el tren corre en tierra jujeña. De la ligera mesetita que se levanta del valle, sobresalen torres y cúpulas, que denuncian al viajero la ciudad capital sumida en un vergel.

Rodea, envuelve, y casi por decirlo así, cubre a la capital de Jujuy, una inmensa fronda; circundada como está de cerros no muy altos, de color verde, poco se ve de la capital a la llegada del Central Norte.

El manto de esmeralda la engalana desde la arboleda de sus plazas hermosas y floridas, y sus parques, hasta la cima de sus cerros. Los eucaliptus, los saucos, los álamos de nuestra pampa bonaerense enredan sus ramas con árboles de la región. Seibos ¡montes de seibos! que van trepando los flancos de los cerros hasta alcanzar las cimas. ¡Qué será aquello cuando en la época de su floración, la flor nacional abra sus corolas desde la base a la cúspide! Al conjuro de ella, el cerro se vestirá de rojo dejando momentáneamente su complementario el verde. Arboles, árboles en los valles, árboles en las quebraditas, árboles bordeando el río Grande y el río Chico; árboles por doquier.

Es un paisaje jugoso, fresco, húmedo. Dos franjas de agua ciñen a la ciudad, son los ríos Grande y Chico: sus frondas, sus piedras, sus puentes complementan el paisaje.

El panorama verde se extiende desde el límite de Salta, hasta poco antes de Volcán, equivale decir durante cuatro horas de tren rumbo al norte.

Desfilan así verdes, sentuosas en sus paisajes bajo la luz de aquella región y la esplendidíz de las mañanas quebradeñas, las localidades de Reyes, Tala, León.

Este trayecto lo hace el tren costeando siempre el lado izquierdo de la quebrada; a ambos lados del convoy la inmensa montaña; a la derecha del viajero el río Grande corriendo en su inmenso cauce de pedregal. El tren que serpentea como abriéndose paso en las curvas de la quebrada; los puentes del río Tala y León... Y así, puentes, ríos, cerros, montañas; la luminosidad extraordinaria, la coloración infinitamente bella de los cerros, dentro de todas las gamas del verde, manteniéndose a esas horas, los del naciente envueltos en una coloración azulina idealizada, mientras en los del oeste, el sol jujeño ilumina los picos más altos.

Los árboles de esta región, que levantan frondosos su copa al cielo son: eucaliptus, saucos, álamos, seibos, ombúes, molles, churquis, (árbol regional del tipo del espinillo, no muy alto; se lo ve en
toda la quebrada). Frutales de toda clase, arbustos, hierbas, en abundancia las medicinales; flores de jardín y silvestres.

Jujuy se encuentra a mil metros sobre el nivel del mar. Se asciende siempre hasta Tres Cruces.

León, donde culmina la vegetación, pueblo en que se cultiva mucho el durazno, lugar estratégico podríamos decir, ofrece al viajero la novedad del enganche de la cremallera, con la cual el convoy continuará su marcha por la quebrada rumbo al norte ayudado por ésta hasta el pueblo siguiente, Volcán; este es el tramo peligroso de la línea por su brusco ascenso. De Volcán en adelante el tren avanzará sin ayuda de ella. Durante este tramo su marcha es lentísima.

A medida que se sube, comienza a sentirse el descenso de la temperatura y... sin embargo el tren avanza hacia el trópico. Pero como al avanzar sube, la línea férrea y sus pueblos se encuentran situados a los mil y dos mil y casi cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar, y aun en pleno verano su temperatura no es muy alta.

En Volcán cambia por completo el paisaje.

La vegetación seguirá en adelante hasta la base de la montaña; pero el viajero se enfrentará con una nueva decoración en esta escenografía fantástica y podrá admirarla desde Volcán hasta Tres Cruces, máximo de altura de la línea.

Esta nueva maravilla es la montaña de mil colores que comienza a verse poco antes de Volcán, al mismo tiempo que raleando la fronda aparece la primera silueta del cardón. El cardón, planta de la región, se lo verá desde Volcán hasta Tres Cruces.

Durante siete horas de tren desfila el cardón... en el valle, en los pueblos, en las quebraditas y en la misma cima de la montaña quebradeña, allá, hasta los 5,000 metros de altura.

Montañas de Jujuy

Desde los cerros verdes y bajos de la capital, las formas y los colores más inverosímiles son las características de nuestra montaña del norte.

Cerros de trescientos y cuatrocientos metros hasta los seis mil del Chañé representan el mínimo y el máximo de la orografía de la región.

Poseen todos los colores conocidos, y son sus componentes piza-
erra (morada y gris), tierras minerales, gredosas, arcillosas, etc., óxi-
dos, azufres, yeso, mica, cuarzo, piedras preciosas, plomo, cobre, esta-
ño, plata y oro. La geografía nos lo dice, pero ¡cuán pálida su des-
cripción en cuanto a su majestuosidad! Allí está el mineral tal o
cual dando su color a la montaña, y así esas inmensas moles pintadas
de anaranjado, amarillo, rojo, azulado, gris, ocre, lila: Todos los co-
lores de la paleta del pintor, resultarían increíbles si no fuera que
se los está viendo.

Paisaje de Tilcara
(Oleo de Eloísa J. Dufour)

Próximo a un cerro rojo se levanta uno ocre, y así en menos de
un kilómetro se cuentan hasta diez o doce colores distintos.
De estas montañas de tierras de color puede extraerse un trozo;
molerlo y convertirlo en finísimo polvo industrializable. Usanse pa-
ra pintura de pared.
En el pueblo de Huacalera, existe, según me dijeron, un molino
donde se lleva a efecto la molienda de estas tierras, que son luego
enviadas a esta capital.
Los polvos de color de aquellas tierras pueden admirarse en la
forma interesante en que las gentes de allí suelen prepararlos con tal
fin: En una botella de vidrio transparente van colocado un polvo
tras otro de distinto color hasta colmar el recipiente; un color queda
prendido con otro, la botella se lacra, los polvos no se moverán, y a
través del vidrio puede verse los colores de nuestros cerros y montañas
del norte.

En toda la quebrada pueden observarse estos colores; pero donde
realmente asombra su policromía, es en Purmamarea. Así pues, pasan
con sus colores ante los ojos del viajero: Volcán, Tumbaya, Purma-
marca, Maimará, Tíleara, Huacalera, Senador Pérez (antes Uquia).
Corriendo el tren desfila la montaña, el río, los pueblos, el coya tran-
seúnte con sus burros, complemento del paisaje.

El tren se aproxima a Huacalera; rumbos al norte, a la izquierda
del turista poco antes de la estación ferroviaria de dicho pueblo, una
piedra con la leyenda que el viajero alcanza a leer: "Trópico de Ca-
pricornio" anuncia a éste que se traspone el trópico dejando atrás
nuestra zona templada. Y ya en zona tórrida pasa el viajero por Hu-
mahuaca, Iturbe, Tres Cruces. ¡Tres Cruces! El máximo de altura,
donde el apunamiento puede hacer presa del turista. Un kilómetro
más allá de esta estación, un gran cartel flanco con letras negras in-
dica los metros de altura máxima de ese punto: 3.892 sobre el nivel
del mar.

Estructura: De estas montañas de aluvión, la caída de las aguas
ha formado quebradas que son verdaderos ríos durante las lluvias.
En toda esta cordillera de la quebrada de Huamahuaca la vegetación
que puebla sus flancos, será desde Volcán a Tres Cruces, el cardón
y matas ligeras de hierbas. Vense: cabras y burros; en la región más
alta adonde el ojo no alcanza a verla, vive la vieuña; la llama se en-
cuentra en el altiplano.

En estas montañas podemos admirar infinita variedad de estruc-
tura: de cimas redondeadas, de caídas serenas unas, cortadas a piqué
otras, raras, simulando pilasstras, inmensas columnas; salientes y con-
cevidades que semejan puertas, ventanas, ojivas; torreones, castillos
góticos, almenas otras, hechos por la trepidación terráquea, o por
efecto de desmoronamientos.

No falta tampoco el corte de alguna construcción asiria, egipcia
o griega.

Pero al llegar a Tres Cruces ya no son los torreones, ni los casti-
llos de Tiledra. Desde la apariencia de un hermoso bordado, o un fes-
tón de muchos colores, una filigrana próximos a estos pícos, a estas
cadenas, se perciben otros que son inmensos insectos, monstruosos, co-
osales larvas de lomo redondeado, alargados en dirección a la vía,
afinándose en la parte que pudiera ser el extremo del cuerpo, dividi-
do éste por anillos o franjas de colores, que dan la sensación de las crugas de la parra.

En la parte de la montaña que pudiera ser la cabeza de estos, grandes piedras rosadas, separadas, parecen los dientes de una boca terrible semi abierta en actitud de masticar.

El viajero podrá admirar este espectáculo siempre rumbo al norte, a su derecha entre Iturbe y Tres Cruces.

También contemplará a esa altura las minas de plomo de Aguilar; mineral que ha dado su color a la montaña.

Además de estas formas vénse caras, cabezas, perfiles, las mil formas de la montaña jujeña; y es así como vemos en Huamahuaca el cerro de "las Señoritas", cuya configuración es la de tres siluetas femeninas. La Peña blanca en el mismo pueblo presenta corte de templo caído.

Esas montañas que se levantan del valle de la quebrada — valle que se encuentra a los 2.000 y pico sobre el nivel del mar, — llegan a los 4.000 y 5.000 metros.

En muchas partes presentan sus picos nevados aun en pleno verano, como la nieve eterna del Chañe. Esta es la montaña jujeña, pálidamente descripta la que los jujeños llaman cerro y a cuya maravilla de forma y color, úñese la coloración que le dan el sol, la luz meridiana, la hora, el crepúsculo, la luz lunar. Y ante toda esta gran-diosidad el espíritu se sobrecoge reconociendo la obra del Hacedor.

Eloísa J. DUFOUR.